

Navas, y se cierra por el jubileo universal á Roma, bien puede decirse que el Catolicismo, antes de entrar en su período crítico del siglo décimo-cuarto, lanza y despide sus más hermosos destellos y sus más fulgurantes resplandores. No hubo Papa tan bueno cual Celestino V, á la caída del Pontificado; y no hubo Rey tan bueno cual Luis XVI, á la caída de los Reyes.

El siglo décimo-cuarto en la Edad Media, se parece al décimo-octavo en los tiempos modernos. La ironía reina en las Letras, la ironía, esa hija estéril de la duda. El escepticismo se desliza en la Teología como la serpiente en el Paraíso. Los primeros escritores, en vez de amparar á la Iglesia católica, la combaten y la denuestran. Papas, como Clemente V, son elegidos por Reyes excomulgados, como Felipe *el Hermoso*; y admiten, hasta sin saberlas, todas las condiciones políticas, económicas, religiosas, que su gran elector quiera imponerles. Roma, la ciudad de las grandezas eternas y de los recuerdos inmortales, la vestal que ha guardado las sacras llamas del espíritu, las sacerdotisas que ha hecho con las ideas alejandrinas, helénicas y judaicas, en los moldes de sus propias leyes, la inmortal levadura del Catolicismo, la reina sin rival de Occidente se ve abandonada de sus Pontífices, que levantan una corte casi herética, una corte viciosa y profana en la ergástula donde los encierran los Reyes de Francia. El cisma, no aquel entre Oriente y Occidente, que se comprende por la diversa compleción de las razas, por las opuestas tradiciones de la historia de dos grandes comarcas, por la rivalidad eterna entre Roma y Constantinopla, por la antitesis metafísica entre Oriente y Occidente, por tantas y tantas causas trascendentales como explican la erección de un patriarcado allá en las puertas eternas del Asia y de un Pontificado aquí en el centro luminoso de Europa; el cisma de Occidente nace de causas más pequeñas, como nacen los gusanos de la podredumbre; nace de la desorganización del Cardenalato, de la rivalidad entre los Príncipes eclesiásticos, de la completa falta de fe en los pueblos y en los Reyes, del predominio de la política sobre la Religión, de las irreverencias y de las dudas, de las ideas letales para el Catolicismo que se han sembrado á los cuatro vientos, que han caído sobre todas las conciencias y que han estallado fulminando rayos sobre la tiara de los heridos Pontífices. A todo esto sucede la reunión de los Concilios, verdaderas Asambleas revolucionarias, donde la forma monárquica de la Iglesia se rompe, la unidad pontificia se quebranta, el Papa se disuelve en la Iglesia, la Iglesia en el Clero, el Clero en los fieles, oyéndose por todas partes los asomos de una revolución religiosa, que, para semejar más á la revolución política, llama los Papas á su tribunal y los juzga como ciertas Convenciones de eterna memoria han de juzgar más tarde á los Reyes. Resumanos. El valimiento de las herejías, la sumisión del poder pontificio al poder civil, la larga cautividad en tierra francesa, la disolución de los templarios, las exageraciones de las órdenes mendicantes, el espíritu de los Concilios ecuménicos, revelan la descomposición de los poderes fundamentales de la Edad Media y el inevitable advenimiento de grandes y poderosas fuerzas revolucionarias. Había, pues, una inevitable descomposición.

En el siglo décimo-cuarto no muere con Bonifacio VII un Papa, no; muere una institución. La fábula, reproducida, sin duda, de la célebre helénica que se conoce con el nombre de Eteocles, y Polinice, la fábula referente á la enemiga de los dos hermanos, Güelfo y Gibelino, se cumple con exactitud, porque el partido güelfo queda muy anonadado con el Papa Bonifacio y el partido contrario muy anonadado á su vez con el Príncipe Coradino. El Imperio no tiene partidarios que le favorezcan; y en vano escribe Dante su libro maravilloso acerca de esta institución, para recomendarla calurosamente á Italia y rehacerla en el ánimo y en el espíritu de los pueblos. Y si no hay ni gibelinos ni imperio, tampoco hay güelfos y pontificales. Aquellas ciudades de la inmortal Liga lombarda, levantadas á los conjuros de Alejandro III en guisa de legión tebana, para luchar con áureas armas en épicos combates y traer al seno de la Edad Media italiana las inspiraciones del Cielo con las artes y los productos de la tierra; sí, aquellas ciudades tan ilustres que bastaban por sí solas á embellecer una región y á immortalizar una Historia, no se mueven, cual si hubieran quedado petrificadas en el mármoleo panteón de sus recuerdos. Si Benito XI, sucesor de Bonifacio VII, tuviera estas ciudades á las espaldas, luchara por la libertad del Pontificado y no se viera constreñido á abrogar los decretos de su antecesor, á rehacer la fortuna de los Colonnas, á transigir con los Reyes de Francia. Este Pontífice nuevo declara y sostiene un principio en Roma, cuando está sujeto á la inspección de los partidos franceses el principio de abrogar las leyes de su antecesor, y luego, al salir de su Vaticano, al recorrer las pocas ciudades fieles que aun le quedaban, al recluirse en Perusa, de cuya fidelidad está cierto, al verse libre, vuelve á restablecer los mismos decretos abrogados, y vuelve á excomulgar á los mismos restablecidos en su honor, en sus riquezas y en sus dignidades. Presente hasta el postrer minuto en la tragedia de Anagni, compañero del Papa Bonifacio en sus últimas angustias, herido por aquel terrible desacato, defendiera su autoridad á todo trance, de no vedárselo el vacío en que se encontraba. Y asimismo, en cuanto quiso desplegar alguna fuerza y tener alguna tangible autoridad, murió súbitamente, murió de profunda pena, en tal misterio que los pueblos le creyeron envenenado con un plato de higos. No era posible la resistencia cuasi individual de Benito XI, cuando le faltaban fuerzas que le ayudasen á resistir y á vencer. [Fenómenos iguales que surgen á una en toda revolución política]

Destruído así el Pontificado habían de surgir por fuerza pensamientos múltiples contrarios á sus dogmas y á sus cánones. Quien observa con atención el movimiento de las herejías, nota en seguida cómo, desde las eminencias de lo metafísico y de lo teológico, descende á los valles de lo canónico, de lo disciplinario, de lo práctico. Las herejías primeras de los judeo-cristianos ó de los heleno-cristianos violentos, se refieren al Dios Padre y al concepto más ó menos aproximado á la Biblia y á la filosofía que del Dios Padre debe concebirse. Las herejías de los gnósticos se refieren al Espíritu Santo, y á las relaciones del

espíritu con Dios y de Dios con el hombre. Las herejías de los nestorianos y de los arrianos se refieren al Verbo, al Cristo, á la segunda persona de la Trinidad, á su naturaleza divina y á su humana naturaleza. Las herejías de la Iglesia oriental se refiere á la procedencia del Espíritu Santo y á sus relaciones con las otras dos personas capitales de la Trinidad católica. Las herejías pelagianas al problema de la libertad y de la necesidad, de la armonía entre el libre albedrío y la divina providencia. Las herejías albigenses á la coexistencia del bien y del mal en los objetos y sujetos de este bajo mundo; pero luego todas las herejías que á estas capitalísimas suceden, revisten un carácter menos dogmático y más moral, tendiendo á la reforma de la Iglesia por las ideas y por las costumbres. Dos movimientos se observan en el seno de la civilización católica por este tiempo: un movimiento ortodoxo que tiende á la reforma, otro movimiento heterodoxo que tiende á la revolución. El primer movimiento está representado por los concilios de Basilea y de Constanza, por los esfuerzos de Savonarola y de tantos otros pensadores ilustres. El segundo movimiento por los herejes que se extienden sin un minuto de interrupción desde el siglo décimo-tercio hasta principios del siglo décimo-sexto, como los puntos de una línea y como los términos de una serie. Delante de Savonarola se frustró el movimiento reformador y ortodoxo. Y á consecuencia de esto se originó el movimiento revolucionario y herético, á cuyo término se levanta la gigantesca figura de Lutero. Sigamos, pues, la herejía, que coincidiendo con la secta de los albigenses, llega hasta desaguar el inmenso receptáculo de la doctrina luterana. Pedro de Ruiz, nacido en Narbona, encabeza la secta que pide un regreso del espíritu humano á la primitiva doctrina de la Iglesia y á la sencillez del Evangelio. Así no quería que Dios tuviera otro templo sino el inmenso espacio, ni que de Dios se trazase imagen alguna por no haber lo infinito y lo absoluto en lo reducido y estrecho de las formas. Esta primera tendencia de la revolución debía frustrarse, como se frustran siempre todas las tendencias revolucionarias que aparecen sobrado pronto y que tienen el triste privilegio de la inoportunidad. Los cronistas del tiempo cuentan que Pedro fué quemado en el Languedoc, y su alma, por consiguiente, traspasada del fuego transitorio de las hogueras el eterno fuego de los infiernos. Uno de los discípulos de Pedro, llamado Enrique, también evangelizó por las tierras del Mediodía de Francia, y con tal afortunado éxito, que algunas veces logró sobreponerse á hombres á quienes se sometían á los Reyes y los Papas, como el célebre San Bernardo. Pero así que extendió su doctrina y tropezó directamente con la Iglesia, cayó en manos de los poderes civiles y murió en dura y terrible prisión. No acaban aún las analogías de los tiempos medios con los tiempos modernos.

Nada se pervierte con tanta facilidad como los movimientos revolucionarios. En la ceguera de sus inspiraciones, en el ardor de sus combates, pierden muchas veces de vista la razón y no miden cual debieran el radio de lo posible. Así como la democracia exagerada está muy cerca de la demagogia plena, el exagerado misticismo está muy cerca de la vo-

luptuosidad y de la corrupción completas. Toda revolución tiene algo de fiebre; toda fiebre lleva en sí algo de delirio. La sobreexcitación del pensamiento exalta los caracteres y desordena los nervios; y en los caracteres exaltados y en los nervios descompuestos cabe con mucha facilidad la perversión y el vicio. Estas consideraciones nos explican así el rápido triunfo con la rápida ruina de uno de los más extraños reformadores, del célebre Tanchelin, que ejerció su poder y su influencia sobre Bélgica. Bien es verdad que le prestó mucho auxilio el estado en que la clerecía belga se encontraba por este tiempo. Ciudades como Amberes tenían para su régimen eclesiástico un solo sacerdote, el cual, ciertamente, no edificaba las almas ni con su doctrina ni con su ejemplo. Tanchelin se presenta y sostiene que Papa y clérigos carecen de jurisdicción especial sobre las almas; que iglesias y monasterios representan verdaderas mancebías de las conciencias; que culto y dogma dependen, no de las consagraciones canónicas, sino de la santidad de aquellos que los administran y los simbolizan. Con tales doctrinas se abrió paso en la sociedad, y ya con poder é inteligencia en ella, descarrióse por completo. Toda la antigua pureza se trocó en podredumbre y vicio. Ciñóse magníficas vestiduras como un Rey en su trono; mezcló diademas de oro á sus blondos cabellos; sedujo á las mujeres del prójimo, y llegó á persuadir las de que prestarle sus favores equivalía de todo en todo á recibir la visita del divino espíritu; desposóse públicamente sobre el ara de un altar con la Virgen María, única esposa digna de su mano, é hizo que todos los fieles y todos los creyentes le regalaran innumerables ofrendas de boda; creyóse en su desvarío un Dios y como á Dios quiso que le adoraran en los altares y en los templos. Su locura llegó hasta el punto de tener un apostolado, y presidirlo con una mujer á quien llamaba María, y sobre la cual esperaba que cayesen las lenguas de fuego como en el cenáculo de Jerusalem. Inútil decir que tanta demencia pasó como pasan todos estos accidentes históricos, pasó con el carácter y con la rapidez de una excepción. Mayores raíces tuvo en la tierra de Europa otra estirpe de herejías. Durante la Edad Media mereció el nombre de Isla de los santos la tierra que debía representar en el desarrollo del protestantismo, lo que Francia representara en el desarrollo del catolicismo, la autoridad y la fuerza. Hablamos de Inglaterra. Allí, en aquel bastión de la ortodosia, habló una especie de sectario, llamado Gerard, que profesaba ideas ortodoxas respecto de los sacramentos. Enseguida, informada por las autoridades eclesiásticas, la autoridad civil descubrió el refugio de esta secta y su secreta organización. Por aquellos originales medios que de perseguir y castigar tenía su tiempo, en hierro enrojecido marcó la barba y la frente de Gerard, mientras sus discípulos, proscritos, dispersos, errantes en triste invierno en Inglaterra, murieron todos por las soledades del campo, á las inclemencias del aire y á los rigores del clima.

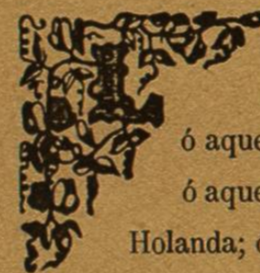
Otra de las herejías más acreditadas de la Edad Media, la que por algún tiempo tuvo extraordinario favor y adeptos numerosísimos, herejía más bien referente á la moral que

al dogma; fué la herejía concebida y propagada por Pedro Waldó, á cuyos discípulos denominó la historia por el nombre de su maestro, valdenses. Pertenecía este Waldo á una de las familias más ricas de Lyon, y pasaba su vida en el placer y en la abundancia, cuando súbito infortunio, la muerte inesperada de un amigo amado, le hirió en el corazón y le obligó á retirarse del mundo y á perderse en los consuelos que procura seguramente á las almas atribuladas un elevado misticismo. Como Cristo en Samaria y Palestina, escogió Waldo en Lyon la pobreza por base de su vida; por base los colaboradores de su obra; la regeneración del mundo por objeto de sus trabajos; el espiritualismo por esencia de su doctrina; tanto, que parecían sus adeptos más bien frailes de las órdenes ya establecidas en Europa que heresiarcas conjurados contra el poder secular de la Iglesia. Así creyeron que podían fundar una regla ordinaria, una asociación religiosa universalmente aceptada sobre bases dignas de competir con las prácticas de los primeros apóstoles en el cenáculo y de los primeros mártires en las catacumbas. Pero la Iglesia, cuyo sentido práctico detestaba todas estas exageraciones, temía con más ó menos razón á una doctrina, cuyo fondo implicaba la condenación más inapelable de su autoridad política y de su poder temporal jamás tan pujantes y valiosos como en esta Edad verdaderamente Pontificia del grande Inocencio III. Desechados; maldecidos, puesto en sospecha, cuando la sospecha bastaba para cohonestar las mayores persecuciones, heridos en su conciencia, tanto más susceptible cuanto que no tenía ninguna sombra ni la aquejaba ningún desmayo, comenzaron por murmurar de la Iglesia Romana y concluyeron por declararla franca y abierta guerra. Así desinteresados y puros, combatían las tendencias políticas adquiridas por el jefe de la cristiandad desde los tiempos de Silvestre I; populares como los pescadores de Galilea, divulgaban el Evangelio en la lengua incipiente, en el romance ordinario, que por aquel tiempo balbuceaba el pueblo; enemigos de la organización aristocrática de la Iglesia, llamaban al Papa el Anticristo y á la clerecía pontificia la cortejana del Apocalipsis; revolucionarios como todos los grandes herejes, atribuían la eficacia de los Sacramentos la virtud de quien los administraba; místicos y casi idealistas, pretendían que Dios necesitaba tan sólo por templo el espacio, por holocausto el corazón, por altar la conciencia, por campanas y órganos el susurro de las plegarias elevado como un aroma que se exhala del alma á impulsos interiores del espíritu hacia la inmensidad de los cielos. Leanse los autores del tiempo y se verá hasta en los más enemigos suyos, cómo se sustentaban de alimentos sencillos, vestían burdos trajes. daban la mano al comercio, ponían sus bienes, ó mejor dicho, el producto de sus trabajos en común, condebán la asistencia de sus correligionarios á los juegos y á las tabernas, aborrecían el juramento y las palabras ociosas; y orando poco y apareciendo menos todavía en público, no se desdeñaban ni de socorrer al necesitado, ni de consolar al afligido, ni de instruir al ignorante, dados de continuo en una vida sin mancha; al amor de Dios y á la compasión y á la caridad con los hombres,



CAPÍTULO CUARTO

Las ideas revolucionarias antes de la revolución



os que juzgan como únicos tiempos revolucionarios aquellos que determinan el nacimiento de los municipios italianos en la Liga lombarda; ó aquellos que generan las repúblicas helvecias en los desfiladeros alpinos; ó aquellos que dan origen á la independencia natural y á la libertad política de Holanda; ó aquellos á cuyo término se descubre el suplicio de la Estuardo y el poder de Cromwel en Inglaterra; ó aquellos en que brotan la Constituyente y la Convención francesa. las Cortes de Cádiz en España, las diversas Asambleas políticas en todo el Continente nuestro; los que sólo crean en los tiempos revolucionarios declarados así por el sentido común, bien puede asegurarse, tienen ideas en Historias parecidas á las que profesan en Astronomía los que creen a la tierra inmóvil y al sol moviéndose alrededor suyo como en los libros del olvidado Ptolomeo. La revolución jamás cesa en las sociedades como jamás el movimiento en la Naturaleza. El sabio que traza una página con su pluma nutrida en ideas nuevas, hace más por la revolución que cuantos sublevados escalan una fortaleza de reacción cualquiera ó disparan á las viejas instituciones sus cargados fusiles. Tiene la revolución en Europa su abolengo tan antiguo y una inmanencia tan grande y duradera, que no hay hereje en el seno de la Iglesia y en los altos montes de los principios católicos que no siembre algún éther de revolución política en el espacio, y no contribuya de algún modo á este advenimiento del derecho y á esta emancipación del esclavo que constituyen la gloria y el honor de nuestro siglo. Si á los convencionales y á los constituyentes de Francia se les hubiese dicho que tenían por predecesores en su obra los monjes y pe-